que se muestra cuando todo parece desesperado. La accion francesa, de que Dios se servirá siempre. La accion israelita, que él tiene en reserva.

Se puede afirmar, sin temor de ser temerario, que la Providencia prepara algo de solemne, y me atrevo á decir de espléndido para el Oriente como para el Occidente: hay de ello signos precursores como los hay para la planta que debe brotar Cuando ésta va á hacerlo, la víspera nada se ve, se presiente, pero todo está velado: á la mañana siguiente es la sorpresa y la admiracion. Lo mismo es con los acontecimientos que se preparan. Dejemos obrar á la Providencia, que es paciente en la florescencia de la historia como en la de la planta: un dia estarémos en el entusiasmo de la sorpresa: hay signos precursores que voy á mostraros.

El primer signo precursor son los caminos maravillosos que han sido trazados para que el Oriente y el Occidente puedan en fin reunirse y reunirse en Roma. Ha comenzado la Providencia por hacer los caminos, porque para la Iglesia de Dios como para las ciudades de los hombres, los caminos inauguran las comunicaciones. Hé aquí los caminos maravillosos de que hablo: dos grandes vías triunfales, y Roma precisamente en medio: la una que á través de las montañas perforadas de los Alpes conduce por el vapor á Roma, á todas las naciones del Occidente: la otra que á través del famoso canal de Suez, abreviando los mares, lleva á Roma á todas las naciones del Oriente. El profeta Isaías, anunciando para la conclusion de los siglos, un grande reino de paz y de amor, dió por signo que entónces toda la tierra seria llana.

"En ese tiempo, dice el Señor, cambiaré todas mis montañas en plano, *panam omnes montes meos inviam* (1) La cosa es-

1 Isai XLIX, 11.

tá hecha, las montañas recibiendo caminos en sus laderas, han obedecido á las miras de Dios: mirad, toda la tierra es plana (1).

1 La tierra habrá sido llana dos veces: 1ª á la venida del Salvador del mundo: 2ª para el gran triunfo de su Iglesia que se prepara en la conclusion de los siglos.

A la venida del Salvador, toda la tierra estaba plana. Hasta un pagano, Plutarco lo habia anunciado: "Entónces la tierra seria toda plana, unida é igual." ¿Cómo e ser ese momento? Por estar enteramente sometida á la dominacion romana, y que grandes vías, por donde pasaban las legiones, se tendian por todo el imperio. Quién no ha oido hablar de la famosa vía *Apia* uno de los monumentos de la grandeza de Roma, formada de anchas piedras llevadas con grande costo de la montaña de Pouzzdes, cortadas, pulidas y ajustadas con tanto arte, que apenas se veian las junturas, no obstante la ausencia de mezcla: durante varios siglos no necesitaron reparacion, ninguna de las piedras se habia desviado, ni separado, ni roto. Esta reina de las vías romanas se prolongaba por otras vías en toda la extension del imperio. Ved cómo era llana la tierra en esa época.

Hoy vuelve á ser plana y de un modo más maravilloso. Vuelve á ser plana por el derrumbe ó la perforacion de montañas y por

Trasados los caminos de la reunion, la Providencia ha pasado á un segundo signo

vías férreas que surcan toda la tierra y por donde pasan carros de fuego.

El P. Lacordaire, aproximando una á otra estas dos épocas solemnes del mundo, decia en Nuestra Señora de Paris: "¡Oh! vosotros, hombres del tiempo, príncipes de la civilizacion industrial, sois sin saberlo, los peones de la Providencia. Esos puentes que suspendeis en los aires, esas montañas que abrís ante vosotros, esos caminos en que os lleva el fuego, los creeis destinados á vuestra ambicion: vosotros no sabeis que la materia es el canal por donde corre el espíritu. El espíritu vendrá cuando habreis cavado su álveo. Así hacian los Romanos, vuestros predecesores; ellos emplearon setecientos años en aproximar los pueblos por sus armas, y en surcar con sus largos caminos militares los tres continentes del antiguo mundo; ellos creian que eternamente sus legiones pasarian por ellos para llevar sus órdenes al universo: no sabian que preparaban las vías triunfales del cónsul Jesus. ¡Oh! vosotros, pues, sus herederos, y tan ciegos como ellos; vosotros, Romanos de la segunda raza, continuad la obra de que sois instrumentos: abreviad el espacio, disminuid los mares, sacad de la naturaleza sus últimos secretos á fin de que la verdad no sea ya detenida por los rios y los montes, que

precursor. ¿Cuál? La tempestad que se ha levantado ahora gigantesca y envuelve al mundo, pero á los católicos no debe asustarnos. ¿Por qué? porque brama y trabaja por nosotros. En efecto, la tempestad, como todo el resto de las criaturas, obedece á Dios. No es Dios quien desencadena las tempestades, son las pasiones, es el mal; pero una vez que rompe el huracan, el Señor se sirve de él para sus designios. En el lenguaje de las escrituras, Dios, que es inmutable en su paz, es representado sin embargo "estableciendo su trono entre los torbellinos y las tempestades. El huracan es su mensajero." Fuertes imágenes que deben dar á los cristianos la consoladora certidumbre de que las tempestades, una vez desatadas, remolinean en provecho de los designios providenciales. Sí, á la hora sombría que atravesamos, el campo de la humanidad se cubre de escombros. Sí, el

ella vaya derecho y pronto. ¡Cuán bellos serán entónces los piés de los que evangelizarán la paz!" (T. II, p. 198).

Occidente es sacudido en su base, el Oriente está inmóvil de miedo: un último choque inmenso se prepara: pero el dia en que habrá cesado la tempestad que envuelve á la vez á los dos mundos, mirando de cerca todas esas ruinas mudas, los católicos harán constar con admiracion que esas ruinas no habrán sido sino los restos calcinados de los viejos muros de separacion que nos dividian y eran un obstáculo al redil de Jesucristo.

¿Qué será entónces lo único que se vea quedar en pié y más majestuoso?

Ese redil. Este, es, en efecto, el tercer signo precursor que se dibuja con proporciones verdaderamente despejadas, insólitas y regocijadoras. Primer signo precursor, hemos dicho, los caminos. Segundo, la tempestad que hace desplomar los muros de separacion. Tercero, el redil que debe reunir todo.

¡El redil! el mismo Jesucristo lo describió en dos palabras de admirable dulzura: Conozco mis ovejas y mis ovejas me cono-

cen. *Cognosco oves meas; cognoscunt me meae.* Este gozo recíproco del pastor que conoce sus ovejas y se sabe hacer conocido de ellas; y de las ovejas que conocen á su pastor y se saben hacer conocidas de él, constituye propiamente el interior y el encanto del redil. Ved ahora, señores, las atractivas proporciones que este conocimiento recíproco del pastor y de las ovejas ha tomado en nuestros dias. El Papa conoce á Francia, conozco mis ovejas; los católicos de Francia vienen á visitarle al Vaticano, mis ovejas me conocen. El Papa conoce la España, la Irlanda, la Siria, conozco mis ovejas; los católicos de España, de Irlanda, de Siria vienen á visitarle al Vaticano, mis ovejas me conocen. El Papa conoce el Oriente y el Occidente, conozco mis ovejas; todo el Oriente y todo el Occidente van al Vaticano, mis ovejas me conocen. Es verdaderamente el interior del redil que se revela al mundo con ternuras nuevas, tanto así son de suaves, y tanto así estaban olvidadas de los pueblos.

Pues ahora este redil, que es tan dulce, que es la concordia, la reconciliacion, una sombra del cielo en la tierra, ¿creeis que no tendrá un dia, enmedio de las naciones conturbadas, un triunfo público y universal. Lo tendrá, es mi conviccion profunda.

En el triunfo inesperado del dia de Ramos, Jesucristo, refiere el Evangelio, estaba colocado en el centro de una grande multitud, dividida en dos grupos, uno de los cuales iba por delante, y el otro le seguia: y todos juntos los de adelante y los de atras gritaban, agitando las palmas: "¡Hosanna al Hijo de David!'

No sé si me engaño, pero entreveo para la Iglesia mi madre el triunfo del dia de Ramos en el mismo órden que en tiempo de Jesucristo. Roma, redil de las naciones; estaria en el centro del triunfo, topográfica y providencialmente: delante de Roma, las naciones occidentales que han marchado á la cabeza de la civilizacion: detras de Roma, las naciones orientales, que habrán aceptado en fin la civilizacion. En los dos ca-

minos, las multitudes agitando sus palmas al grito de "¡Hosanna á la Iglessa romana nuestra madre!" Hé aquí lo que aguardo de la Providencia: de la Providencia misericordiosa para el Oriente, porque llevó la cuna de Jesucristo, y misericordiosa para el Occidente, porque el Occidente lleva el Papado.

II.—*La accion francesa.*

En la reconciliacion del Oriente y del Occidente, despues de la accion providencial, saludé tambien la accion francesa. ¿No dije que Dios nunca prescindiria de la accion de Francia? Sí; lo dije y lo sostengo. Pero ¿qué es lo que me autoriza á hablar con tanta seguridad, cuando, por el contrario, todo hace temer que los grandes negocios de la humanidad se traten en adelante sin el concurso de Francia?

Escuchad, señores. Hay una cosa de que nunca ha prescindido Dios, y de que no puede prescindir si quiere que sus obras se lleven á cabo. Antes de nombrarla, permi-

tidme enumerar las cosas ó las fuerzas de que el Señor prescinde sin que lo resientan sus obras. Prescinde de la espada: prescinde del oro; prescinde de la inteligencia, del genio. Pero de lo que no prescinde, de lo que no puede hacer el sacrificio para el cumplimiento de sus obras, es del amor ó la caridad.

Si Dios prescindiera del amor, el mundo acabaria como una lámpara agotada, porque el amor lo crió, lo rescató, lo conserva y lo mantiene. La caridad ó el amor es la sublime operaria de todas las obras. La inteligencia, el génio, la habilidad, la riqueza, la espada, pueden preparar las obras pero solo el amor las junta y les continúa la vida. Así es que Dios deja perder entre los hombres, sin emplearlas, muchas riquezas, muchos grandes pensamientos, muchos relámpagos de génio, y no se inquieta de esas pérdidas; pero ¡jamas dejará perderse un solo acto de amor! Si el acto de amor de una pobre mujer ignorada en el fondo de una aldea estuviera en peligro de per-

derse, Dios revolveria los mundos para encontrarlo, porque necesita de ese acto de amor. Tal es la cosa sublime y más rara que todo lo demas de que Dios no prescinde en el cumplimiento de sus obras: el amor ó la caridad,

Y bien, Francia, pobre Francia, siento indecible satisfaccion en repetírtelo, Dios no prescindiria de tu accion, de la accion de tus hijos. porque en la accion francesa ha quedado la caridad ó el amor! Vuestra espada, oh franceses, no montaba ya su guardia á las puertas de la verdad; de aquí es que Dios prescindió de vuestra espada. Mas habeis conservado el amor, y á causa de él, nunca Dios prescindirá de Francia. Quedais siendo la nacion conquistadora y predominante por el amor: nadie os venció en caridad!..... Al hablar así me siento intérprete del Oriente, de esos países lejanos que han guardado el recuerdo de vuestros beneficios y de vuestra delicadeza; intérprete de esas escuelas que allí fundasteis, de esas religiosas y de esos misioneros que

habeis enviado, de esos niños que arrancásteis á la ignorancia y que han aprendido á no conocer sino á vosotros, á vosotros y á nadie más! y á bendeciros; el intérprete de la Iglesia de Armenia, de la Iglesia de Siria, de la Iglesia de Tierra Santa. de todas esas Iglesias y de todas esas regiones que todas juntas no forman mas de una voz para decir á Dios y con Dios: *No podemos pasarnos stn la Francia!*

III.—*La accion israelita.*

Escuchad ahora mi suprema esperanza. En la reconciliacion definitiva del Oriente y del Occidente, he dicho que entreveia igualmente un lugar para la accion israelita.

¡Habeis observado la semejanza y simpatía admirables que existen entre el estado del pueblo de Israel y el estado del Oriente? Ved: de una parte el pueblo de Israel aletargado en su incredulidad; de la otra, la letargía y somnolencia orientales. Cosa singular; desde la dispersion y la ausencia del antiguo pueblo de Dios, la tierra

de Oriente ha caido en la tristeza y el duelo, como el viejo Jacob despues de la pérdida de José. Ella se aletargó á su vez, y parece aguardar para salir de su letargo, que el antiguo pueblo amado de Dios vuelva á habitar bajo sus cedros y sus palmares. En el Concilio del Vaticano tuvimos la honra de interrogar á todos los obispos del Oriente sobre esta simpatía de situacion, y de todos recibimos esta unánime consoladora respuesta: la conversion de vuestro pueblo será un dia la resurreccion del Oriente.

Y bien, entreviendo el oficio futuro del pueblo de Israel en Oriente, ved cuál es mi última y muy dulce esperanza. Hijo de Judea por la sangre, pero hijo de Francia por adopcion, espero ver un dia de lo alto del cielo, si Dios me hace la gracia de recibirme en él, al pueblo de Israel y al pueblo de Francia encontrarse juntos en la tierra de Oriente. El Oriente, cuya débil memoria femenina ha olvidado tantos nombres, jamas ha olvidado estos dos: de una

parte el de Israel, de la otra el de Francia. *Israel*, poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Sem*. *Francia*, poned cuidado, el más bello nombre del pueblo de la raza de *Japhet*! Espero, pues, y saludo en la conclusion de los siglos la síntesis ó la alianza de estos dos nombres gloriosos. Si un dia el pueblo de Israel y el pueblo de Francia se encuentran juntos en tierra de Oriente, no diré al servicio de un reino temporal, sino al de Jesucristo y su Iglesia, ese dia, señores, el antiguo muro de separacion habrá venido enteramente abajo; y ese dia tambien la profecía de los primeros dias del mundo habrá recibido su entero cumplimiento; porque Sem, personificado en el pueblo de Israel, habrá abierto á su hermano Japhet, personificado en el pueblo de Francia, le habrá abierto, repito, fraternalmente la entrada de todas sus tiendas y de sus pabellones.

¡Bendito sea el Dios de Sem; pero que Japhet habite en las tiendas de Sem.